



UN ROSA CARNE

Cristóbal Zapata



© Andersson Sanmartín

Cristóbal Zapata (Cuenca, 1968). Escritor, editor y crítico, ha publicado los poemarios *Corona de cuerpos* (Imprenta Amazonas, 1992), *Tè perderá la carne* (La (h)onda de David, 1999; Fondo de Animal, 2013), *Baja noche* (Eskeletra, 2000), *No hay naves para Lesbos* (Eskeletra, 2004), *Jardín de arena* (Cascachuesos, 2009), *La miel de la higuera* (Cascachuesos, 2012), y los libros de cuento *El pan y la carne* (Eskeletra 2007; Campaña de Lectura Eugenio Espejo, 2013), Premio Nacional de Cuento “Joaquín Gallegos Lara” del Municipio de Quito, y *Lecciones de abismo* (La Caída, 2019). En 2015, la editorial Renacimiento de España presentó su antología personal *El habla del cuerpo*.

Sus textos constan en varias selecciones y estudios de poesía, cuento y ensayo ecuatorianos. Actualmente es Profesor Honorario de la Universidad del Azuay.

UN ROSA
CARNE

UN ROSA CARNE

© **del texto:** Cristóbal Zapata, 2023

© **Primera edición:** Universidad del Azuay. Casa Editora, 2023

ISBN: 978-9942-618-72-6

e- ISBN: 978-9942-618-73-3

Diseño y diagramación: Fernando León Guerrero

Revisión: Silvia Ortiz Guerra

Libro arbitrado por pares: Raúl Pacheco Pérez, Juan José Rodinás

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay
en Cuenca del Ecuador

Portada: sobre un cuadro de Patricio Palomeque: *Pájaros*, mixta sobre papel amate, 130 x 265 cm, 1992

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi
Directora de la Casa Editora

Cristóbal Zapata

UN ROSA CARNE



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

Nuestra Señora del Deseo es ahora de color rosa carne:
estoy luchando contra un color de caramelo demasiado
fondant.

MARCEL DUCHAMP, carta a María Martins, 3 de abril de 1950

*A Silvia,
amada de mi alma*





**UNA EDUCACIÓN
SENSUAL**

En brazos de los dioses crecía.
HÖLDERLIN

PRIMERA COMUNIÓN

¡Acabo de nacer!
Entre sombras
atisbo el pezón materno
dulce fresa roja en la oscuridad.

Miro
huelo
mamo
me embriago.
Escucho la voz de mi madre:
una ronda de fonemas matutinos.

Soy,
por primera vez,
otro cuerpo,
transformado por el hambre
y el amor.

LAS MUCHACHAS

Se llamaban Nube
Tránsito

Caridad
Esperanza
como un coro de sustantivos abstractos
o la encarnación campesina de las virtudes
teologales.

Pero portaban lo concreto y lo profundo:
las trenzas tejidas como sortilegios nocturnos,
las axilas húmedas de rocío,
los ríos crecidos de sus piernas,
los sexos-bisagras entre el pasto
y la noche.

Ellas me llevaron de la mano
al cuerpo.

HADAS DEL HIELO

Tras las largas jornadas de fútbol
nos dirigíamos con otros niños a comprar heladitos de palo
en las tiendas del pueblo.

Las hijas de los dueños nos abrían las puertas
de la felicidad.
Muchachas frescas, de todos los sabores,
cómplices sublimes de nuestro gusto.

En un radio de tres manzanas
desplegábamos nuestra carta de navegación.
Íbamos de Cinthya a Maribel
de Maribel a Rosalía,
de Rosalía a Verónica,
de Verónica a Laura.
Parecían dispuestas en sus portales
por los traviesos dioses de la infancia
(que tienen su propio Olimpo).

Arrimados al mostrador aplazábamos el pedido,
preguntando por otras mercaderías del stock
para demorarnos en sus movimientos.
(Fue cuando aprendí a merodear a las musas).

Al fin, volvíamos a la calle con su imagen derritiéndose
en nuestros labios,
con la mitad del cuerpo congelado de amor.

¡Oh, hadas instantáneas del hielo!
Amadas hasta el estremecimiento final
del palito vacío.

EL DESCENDIMIENTO

Las mujeres bajan al Cristo de la sala
para la procesión de Viernes Santo.
Lo recuestan sobre una mesa larga,
ungen, prolijas, su piel.
Lo visten con una túnica de seda blanca,
aplican *blush* sobre sus mejillas
(para disimular su palidez).
Tratándolo siempre como un cuerpo vivo
(jamás inerte),
lo han hecho descender
a la altura de su pasión.

Ahora lo colocan dentro del “Santo Sepulcro”:
una exquisita talla que semeja una capilla gótica,
tejida con rosetones y arcos de herradura
(proeza de algún ebanista local).
Exornan los pináculos con guirnaldas de rosas
y velan la figura con un manto de tul:
dosel traslúcido
haz de luz.

Han dejado a punto al Señor,
después de amarlo.

LA NOVENA

Todos los chicos del pueblo íbamos a la novena de la Virgen.
Yo ascendía al Santuario siguiendo la peineta de carey
sobre la cabellera rizada de mi prima Caetana
(mi faro entre la bruma y la muchedumbre).
Otras veces subía detrás de su silueta,
hipnotizado ante la oscilación musical de su falda.
En la cuesta lenta y pronunciada la devoción se enredaba
con el deseo.

¡Ah, el gentío erótico de niños y jóvenes coronando el cielo
con su alegría popular y religiosa!
Allí se mezclaba el murmullo de su respiración,
el rumor de las claudias y zacumas,
el vaho de sus bocas como efímeras ovejitas del atardecer.

Hasta las viejas casas lucían una beatitud campesina,
los eucaliptos y los pinos expedían un aroma místico
y los brujillos cruzaban el aire como una flecha roja
disparada por el Amor.

Pero terminaba la misa.
Descendíamos bienaventurados y veloces a la planicie de la tierra,
con el galope forzado que imponía la gravedad de la ladera,
comulgados y puros,
aferrándonos con fe ciega a los brazos de las primas
para no caernos en la bajada
ni en la tentación.

LAS FORMAS MARINAS

Madrugábamos a la playa
para recoger lo que traía la marea:
los caracoles y los pulpos,
las maderas negras y las piedras
esculpidas.

Las formas nos interrogaban desde su belleza,
desde su extrañeza,
como preguntas arduamente elaboradas por el mar
en el fondo del tiempo.

EL ÁLBUM

En el álbum
sucede la memoria familiar
y el ojo del padre,
amoroso guardián del instante.

Este pequeño patio
es el laboratorio de su mirada:
aquí la madre toma el sol en bañador
(sobre una tumbona de mimbre),
mi tía me regala un coche de bomberos,
disputo con mi hermano una batalla
(entre los árboles).

Todo ocurre en pasado presente.
Los cuerpos coinciden con el blanco y negro
cuando les alcanza la luz.

TECNOLOGÍA DEL DORMITORIO

Debajo de las largas patas de la cama
había construido una penumbra propia,
un cuarto secreto para mi hermana menor:
 almohadas
 libros
 golosinas.

En ese rinconcito inventado
estaba el Aleph.

GRAIN DE BEAUTÉ

Los cuadros de Elstir,
la sonata de Vinteuil,
Swann, Odette, Gilberte,
Combray, Balbec,
Oriana de Guermantes...
nombres, figuras de la memoria,
constelación del tiempo recobrado.

Ahora el mundo está completo,
solo flota, inestable, el lunar de Albertine
en alguna parte de su cuerpo.





**LA VELOCIDAD
DE LA MIRADA
(ÉCFRASIS)**

Este hecho puede suceder incluso en momentos de acción intensa, como el del duelo entre Turno y Eneas (Virgilio, *Eneida* XII 940-944), cuando éste último detiene su brazo armado, clemente ante el suplicante rútilo, mas, ante la visión del cinturón de Palante que utiliza Turno, hunde su espada en él. La écfrasis, por tanto, captura el momento de la percepción.

JOEL PERRY CHRISTENSEN

Así, el mejor modo de dar cuenta de un cuadro podría ser un soneto o una elegía.

BAUDELAIRE

La boca hace un hueco
(como cada vez que desea)
para guardar en un muro esta historia de amor.
Hay que abrir el hueco para escuchar
el secreto
 el humo del deseo.

BARROCO

Torsiones del cuerpo,
remolino de las formas:
volutas

voluptas
sobre el pliegue de la sábana,
a la luz de la noche.

Los raudos torbellinos del estilo
han conquistado el tiempo de la fiesta
y del derroche.

(Para Edgardo Dobry)

SANTA CATALINA DE ALEJANDRÍA

Con un hisopo delicado
el restaurador limpia el nacimiento del seno
y desempolva el lapislázuli,
como si curara las heridas de la pintura.
Sobre el lienzo todavía vibra el cuerpo de Fillide Melandroni,
la hermosa cortesana que amó y pintó Caravaggio.

Debajo del aura
todo la delata:
la mano sobre la empuñadura de la espada,
el escote pronunciado,
la mirada suspicaz, de reojo (al espectador).

Debajo del aura
hay una mujer que sospecha.

(Para Melisa y Rody Kronfle)

ADÁN Y EVA EN EL PARAÍSO TERRENAL

tu mano en la fruta
mi mano en tu seno /
tu diestra en la rama
la mía en el hueco (de la piedra) /
tus pies se elevan
mis pies se asientan /
el aire sabe a zorro
y a nube

RINALDO Y ARMIDA

En el bosque extranjero
los cuerpos se atraen
empujados por el verdor.

Nada impide el deseo,
menos acá abajo
donde se está a cobijo de los otros.

Cuelga el soldado su armadura.
La isla es un laberinto de espías y de espejos.
Buscándose, los amantes se extravían.

Toca su seno
toca su muslo
toca lo intocado

y el campo se abre
como su patria.

LOS SÍMBOLOS

El símbolo es una unidad (*sym-bólica*) que presupone una escisión.

EUGENIO TRÍAS

Diciembre de 1813. A pesar del frío, la guardia del ejército no pierde su arreglo. Las columnas marciales (dispuestas sobre la plaza en ángulo recto) conservan la simetría y compostura.

Al fin la ciudad ha recuperado el león alado y los caballos de bronce usurpados por Napoleón.

Los caballos retornarán al pronaos de la Basílica, y el león volverá a vigilar Venecia sobre el capitel de granito, en la Plaza de San Marcos.

Entre el gélido viento del invierno flamean las banderas rojiblancas y retumban los tambores serenísimos, cuando los caballos empiezan a corcovar con su elegancia antigua y el león a batir sus alas doradas como un pájaro impaciente.

Lo hacen con el fervor y la alegría de los símbolos cuando vuelven a casa, cuando encuentran su otra mitad.

(Para Fernando Balseca)

LA CATEDRAL SUMERGIDA

La basílica del lago Iznik
emerge de las aguas
como aparece lo sagrado,
sin decirnos nada.

Cuando la marea baja
las formas arquitectónicas de San Neófito
traen una luz nueva, una luz suave,
siempre reinaugurada.

Con los acordes de la música pentafónica
se escucha el murmullo de las plegarias perdidas
y más al fondo,
el eco de las discusiones bizantinas.

VARADRAMUDA

Así se llama en el budismo hindú
el gesto sutil que hace la mano
para conceder un deseo
o una bendición:
varadramuda.

En una sala del British Museum,
la mano entreabierta de la diosa Tara
tiene el perfecto grado de abertura
para que pase el deseo
(entre sus caderas divinas).

FRAGMENTOS DE UN HARÉN DERRUIDO

De esta ciudad de palacios y cuarteles
quedan pequeños fragmentos de yeso:
 pedazos de animales simbólicos
 retazos de bailarinas y cantantes
de la corte abasí.

La velocidad del pincel
capta con precisión
la belleza lenta de los rostros
(sobre un fondo ocre).
A contramano del tiempo cortesano,
las mujeres parecen sorprendidas en su trajín:
miran de lado al pintor
(con una mirada fugitiva),
como si esperaran desaparecer de la escena,
como si quisieran apurar la noche,
la duración de este esplendor falaz.

Elas saben, como nadie,
que un harén es un jardín
 desflorado.

PAS DE DEUX

Cuando la mano de Apolo
elevó a Terpsícore desde su sexo
el tul de la musa se abrió como un tulipán,
y la seda del *maillot* urdió otra trama
con los finos hilos del deseo.

En sus casas, los asistentes al ballet
intentaron remedar el gesto.
Había algo de pájaro que se posa de repente
(y en silencio) sobre el umbral
que las caricias más elaboradas fracasaron.

Ese asentarse de la mano por un instante
era irrepetible,
era la mano sobre el cuerpo volátil
de la Danza.

ROTHKO

Tiritan los malvas, los naranjas,
 arden los amarillos,
 vibran los azules y marrones,
lámparas votivas en sus rectángulos de luz.

En la noche de la Historia
los colores velan despacio,
 como la sangre del pintor.

(Para Marco Martínez Espinosa)

YVES KLEIN

Un azul ultramar,
un dorado,
un rosa
(el espíritu,
la materia,
la carne).

Cuando atardece
sobre la playa,
una teoría del color
puede producir
el paisaje.

FUEGOS DE ARTIFICIO

Noche de fiesta en Mixcoac.
Frente a la capilla de San Lorenzo
el niño asiste hechizado a la explosión
de las formas:
 bautismo de fuego entre los fresnos,
cascada de oro y plata,
 agua de luz sobre la piedra.

Es Octavio Paz
quien mira.

(Para Raúl Pacheco)

DIANE ARBUS

Soy esa niña
que va por Central Park
identificando
árboles y monumentos
para su hermana menor.
Amo la soledad de los niños,
su mundo resbaladizo,
secreto como un cuarto de juguetes,
como la cámara oscura
donde la vida se revela suavemente.

Volveré por los niños un día.
Será mi último intento por descubrir
adonde se dirige su mirada
cuando ven a la distancia.

(Para Betty Aguirre)

DIOSA DE ALTURA

Con el sigilo del destino y los ascensores
Michelle Pfeiffer está bajando
desde el cielo turquesa
de las deidades rubias.

En el *lobby* de este hotel de narcos
Tony Montana se queda mirando (boquiabierto)
cómo se pasa la vida,
 cómo se viene la muerte
 tan callando.

(Para Pedro López)

EL FARERO

¿Qué ruido de aves oigo otra vez junto a mí?
ESQUILO

En medio del mar
la noche se escucha como el mugido de una vaca,
como el aullido de una sirena que extrañara de repente
sus piernas.

Los fareros tienen un alma lóbrega,
celebran un oficio de tinieblas
en sus templos ciclópeos.

El graznido de una gaviota,
su sola presencia,
podría desquiciar al farero hasta destriparla.

En el paisaje se cierne una tormenta de pájaros
como en un plano general de Hitchcock,
o en el cuadro de Van Gogh.

Las aves devorarán las vísceras del farero
muriéndose en la playa boca arriba.
“Te acercaste demasiado a la luz”,
podría recordarle el coro griego.

“If I had a steak, I would fuck it”
(“Si tuviera un pedazo de carne me lo tiraría”).
Esta es la frase más cruda que oí en un hombre.
Las palabras que se dicen cuando el deseo y el hambre
son parte del mismo cuerpo.

LA SAGRADA GEOMETRÍA DEL AZAR

He don't play for respect
He deals the cards to find the answer
The sacred geometry of chance.

STING

Algunas noches
cuando se emborracha en su casa del trópico
mi amigo poeta
me envía mensajes por WhatsApp:
fotos, *reels* o videos
que aluden a un viejo poema mío.

Vuelvo a ver entonces un videoclip
de *Shape of My Heart*:
el amor purísimo entre el mercenario
y la niña hermosa que ha perdido su infancia,
la planta creciendo verde en las ventanas
(temblorosa como la pubertad).

A su vez, yo me embriago despacio
creyendo que no todo fue en vano,
ni siquiera este momento donde escribo.

EL CABALLO DE NIETZSCHE

(I)

Con sus anteojeras ceñidas
el caballo de Nietzsche
cruza el invierno inhóspito,
conducido por el viejo cochero.

El huracán es feroz,
parece soplar contra el cuerpo
como un viento de hachas,
como hecho de piedras.

Padre e hija
miran el paisaje vacío por la ventana
mientras las papas se cuecen
en el fogón.

Pelar y comer su hervor
con la destreza de las uñas
con la avidez de las manos y el hambre.

“Ya no se escucha la carcoma”,
dice el viejo a su hija,
como si de repente extrañara
una canción olvidada y antigua.

(II)

Recostado en el jergón,
el padre es un viejo Cristo que tose.
La hija viste al padre, cuida con primor sus prendas,
liturgia de las horas muertas.

El borracho trae siempre la sed
y la verdad en una botella vacía,
como Alcibíades en *El Banquete*.
“Ellos lo ensuciaron y corrompieron todo
–le asegura el extraño al viejo,
con la lucidez de la ebriedad–.
Ellos, los dueños del mundo,
los mercaderes”.

(III)

La luz del cuerpo inaugura el día.
El cuerpo joven de la hija célibe,
el cuerpo del alba.
Ella alimenta el fogón,
ella trae el agua desde el aljibe
entre este soplido y alboroto infernal.
Ella, la dadora de la sustancia y lo finito.

A veces deletrea las palabras
de un libro viejo.
Len-ta-men-te aprende a leer,
como si abriera una ventana secreta
para entender esta cabaña,
este páramo, este abismo
donde está su cuerpo.

El caballo se niega a comer,
como un hombre necio y triste
que prefiere la muerte.

(IV)

Cuando se ha secado el pozo,
el padre decide partir.
La hija ordena su ropa
con la meticulosidad de siempre.
El viejo se asegura de guardar
papas y aguardiente
entre los aparejos.

Agreste, despiadado, enemigo,
como el estertor de un pulmón enfermo
suenan el tiempo y el paisaje.
Nietzsche lo pronosticó
cuando vio al caballo en Turín,
una mañana de 1889,
el día en que enloqueció ante el dolor ajeno.

El viejo pela la papa única
(el tubérculo místico y terroso),
raspándolo con las uñas,
como si repasara la estropeada orografía del planeta
y regresa a la ventana.
También ha perdido el hambre y la esperanza
como el animal en la caballeriza.

Lumbre de los candiles.
Claroscuro.
Luz que titila sobre el cuerpo
hasta extinguirse.
Silencio.

En el mundo solo parecen existir
el padre y la hija,
sin descendencia posible,
como dos figuras de cera
ante los platos vacíos.

Afuera apenas queda
un paisaje sin caballo.

Fuentes de “Écfrasis”

- “Ascenso de los tallarines al cielo de Hong Kong”: *In the mood for love*, Wong Kar-Wai, 2000.
- “Adán y Eva en el Paraíso terrenal”: sobre el cuadro homónimo de Tiziano, c. 1550, Museo del Prado, Madrid.
- “Santa Catalina de Alejandría”: sobre el cuadro homónimo de Caravaggio, 1597, Museo Thyssen-Bornemisza, Madrid.
- “Rinaldo y Armida”: sobre el cuadro homónimo de Francesco Hayez, 1812, Galería de la Academia, Venecia.
- “Los símbolos”: *Ceremonia de restitución de los caballos a la basilica de San Marcos*, Vincenzo Chilone, 1815, Galería de la Academia, Venecia.
- “Fragmentos de un harén derruido”: pintura mural de un harén, Samara, Irak, c. 800-900, d. C., British Museum, Londres.
- “*Varadramuda*”: estatua de Tara, Sri Lanka, 500-700 d. C., British Museum, Londres.
- “*Pas de deux*”: sobre una presentación de *Apollon musagète* de Ígor Stravinski, dirección coreográfica de Gabriela Pagliaricci. Teatro Pumapungo, Cuenca, diciembre de 2020.
- “Fuegos de artificio”: “Repaso en forma de preámbulo”, en *Los privilegios de la vista III* de Octavio Paz, FCE, México D. F., 1989, p. 18.
- “Diane Arbus”: *Diane Arbus. A biography*, Patricia Bosworth, W. W. Norton & Company, Nueva York, 2005.
- “Diosa de altura”: *Scarface*, Brian de Palma, 1983.
- “El farero”: *The Lighthouse*, Robert Eggers, 2019.
- “La sagrada geometría del azar”: *Léon*, Luc Besson, 1994.
- “El caballo de Nietzsche”: *El caballo de Turín*, Béla Tarr, 2011.



TRÍPTICO ANIMAL

LOS PECES

Los pescadores del nordeste brasileño abrazan y acarician a los peces que atrapan; los cortejan con sus manos y plegarias, como si las palabras perdonaran, como si les ayudaran a morir mejor. Fuera del agua, entre los atléticos y hermosos cuerpos de los hombres, los peces parecen aceptar su destino y se abandonan a un amor que no entienden. Los pescadores los arrullan con su voz, con su murmullo culpable; pero nada es suficiente frente a la muerte, ni siquiera la belleza del gesto postrero. Sienten, por primera y última vez, el amor humano como una traición a sus espaldas.

(Para Martina)

PEQUEÑO INFORME SOBRE LOS MANATÍES

Los manatíes nadan a sus anchas,
se alimentan de hierbas y plantas
como vaquitas submarinas.
Se mueven con una parsimonia musical,
ondulando su cuerpo como una Gimnopedia.

Tienen un ojo exacto
para diferenciar los colores:
hay manatíes Seurat, manatíes Mondrian,
manatíes Albers.

Son parientes de las sirenas y los elefantes,
por eso chillan
cuando tienen miedo o se aparean.

Se parecen a nosotros, pero de lejos.
Debajo del agua, los manatíes acumulan
una dulzura lenta.

(Para Amaru)

EL ZORRO Y LA CIGÜEÑA

Exquisita es la venganza de la cigüeña
cuando devuelve la invitación al zorro
ofreciéndole un delicioso almuerzo en una fina loza
donde su hocico no cabe.

Sería tonto pensar que su moraleja es una mera lección
sobre la convivencia humana.

La fábula nos enseña que los zorros y las cigüeñas
debemos imaginar nuevas formas de comer
y usar las manos,
otros instrumentos para conquistar el pan
de cada día.

(Para Octavia)





ÁNGELES Y ABISMOS

*(A la memoria de Kever Ax,
César Chávez y Paúl Salgado)*

¿Alguien ha visto a un ángel arrojarse a la tierra de este modo?
JEAN-PAUL SARTRE

HIPÓTESIS DEL GUAGÜERO

(La obra y la muerte de Ángel Acosta León)

Las estaciones meteorológicas no reportaron
ninguna novedad sobre el Atlántico esa noche.
Ni tormenta marina,
ni luz de luna (propicia a la melancolía).
Solo hubo un hombre taciturno que saltó de la fragata
para liberarse de sí mismo,
de los dictados del cuerpo triste.

Vivía en un cuartucho de Belascoaín,
en Centro Habana.
Allí pintaba todas las noches
como un condenado:
2, 3 cuadros a la vez.
¿Cuadros? No.
Metamorfosis, trasfiguraciones.
Palmeras tropicales convertidas en cañones de guerra,
el yunque (sin el martillo)
vuelto un temible animal prehistórico,
el ómnibus transformado en ave de rapiña,
las cafeteras en castillos tenebrosos,
buques como peces espada,
como cuervos,
naves/aves de mal agüero
(presagios de su muerte submarina).

Mulato visionario,
guagüero alucinado,
atravesaste La Habana
con tu treponema a cuestras
(como Baudelaire, como Nietzsche, como Palacio).

Limpiar ómnibus en el paradero de la ruta 58
y hacer chapistería fueron
tu primera escuela de las formas.
Las máquinas rotas, averiadas,
te acaecieron
como el doble metálico de tu cuerpo.

Formas que se estiran y se tensan
buey de Rembrandt,
res de Soutine,
“carpa de circo descosida” (*Sarduy dixit*).

¿Tanto te dolió el cuerpo?
¿Tanto te estorbó la carne?
("A veces he llegado a creer que mi cuerpo
no se ajusta a mi espíritu", confesaste alguna vez).

Maestro de las fantasmagorías,
habías desollado las cosas
para darles un fulgor espectral.
Así cruzaste la ciudad
con el tercer ojo del *voyeur*,
fascinado por las cafeteras
(tus "diosas de metal"),
y por las rústicas invenciones de
la economía insular:
carretillas, guaraperas vueltas aparatos oníricos,

objetos ontológicos.
Todo fue traducido por tu mirada
a ese extraño idioma metafísico de Ángel inexperto
que practicaste con fervor.

Ahora es diciembre sobre el mar.
Te ha estremecido quizá
un término del argot naviero:
la expresión “obra muerta”,
esa parte del buque que sobresale
de la línea de flotación.
Entonces corres por la cubierta
y te lanzas al vacío
como si te sumergieras en el lienzo blanco,
como si salvaras su promesa.

(Para Les y Eduardo Cerviño)

DESORDENADAS GEOMETRÍAS INTERIORES (Fragmentos póstumos de Francesca Woodman)

Leo muchas autobiografías últimamente.
Eso debería mejorar la mía.

FRANCESCA WOODMAN

Dejar los guantes blancos sobre una mesa
y alumbrarlos con una luz cenital,
como si hubiera acabado la tarea de vivir,
como si abandonara de una vez para siempre
la ilusión de la vida.

Nunca supe si me defendí
de la luz o de la sombra.
Soy un ángel extraviado en cualquier sitio,
en Florencia, en Roma, en Boulder, en Providence.

Entre el cuerpo, el alma y el ángel,
preferí ser ángel.
Soy un dolor obstinado en ser ángel
un grito en una habitación abandonada, sucia.

Pero mi cuerpo no me deja ser ángel.
Los ángeles no son vanidosos ni masoquistas,
Además, los senos y el culo pesan
con su belleza humana y redonda,
con su deseo intempestivo.
Y el sexo es un laberinto de pétalos morados,
inextricable y frágil
como el tejido ovárico.

Quise un cuerpo fuera de la carne.
Una sustancia traslúcida,
un cuerpo para ver a través de él,
entreabierto, secreto,
claroscuro.

Ya de chica me pasaba entre los huecos
de las lápidas en Boulder,
como un ectoplasma,
como una emanación.

De niña ya empecé a quedarme
fuera de las cosas.

Mi cuerpo es la cabeza de un elefante
que escapa del Museo Natural,
que huye de la taxonomía.
Es una fuga perpetua: rompe los armarios, las vitrinas,
los cubos, las retículas.
Mi cuerpo judío, sexual
sano, fuerte, bello.
Siempre fuera de sitio,
autoexpulsado, exilado entre los escombros.

Estuve mucho tiempo conversando con mis manos,
tratando de convencerlas de su eficacia,
pero todo fue en vano.
Mis manos solo despertaban los fantasmas.
Las casas antiguas y abandonadas fueron el escenario
de sus apariciones.
Los muros viejos, descascarados,
mi geografía personal.
Soy la arqueóloga de mí misma.

Intenté cruzar el espacio,
atravesar la materia.

Nadie me recibió al otro lado.

Me envolvía en el papel mural
en un desesperado esfuerzo
por ser impalpable.

No quería ocultarme ni mimetizarme,
necesitaba saber cómo es ser un papel de pared.

Al final empecé a adorar las cariátides:

¿Cómo no hacerlo?

Eran la mejor metáfora de mí misma:
eran yo tratando de sostener con mi cuerpo
el peso irresistible de estar aquí.

No hacen ruido los ángeles cuando caen.

LA MUERTE DEL AHORCADO

Bernardita Maldonado soñó
que algo pasaba en el alma de Kélver Ax:
vio un trapo manchado de sangre
envolviendo alguna parte de su cuerpo
como un vestigio menstrual o materno.

Cuando despertó
le contaron que su amigo había muerto
en su propio cuarto de ahorcado.
Él, que vigilaba la Centinela del Sur
desde su atalaya suburbana,
había descendido hasta el más abajo
para librarse de su infancia como Kléver.

Apenas fue a verlo
vio la mancha rojiza del sueño
extendiéndose por el cuerpo yerto,
a la altura de su apéndice.
La lacra parecía haber explotado con el tirón final.

En la abigarrada paleta del artista
nunca apareció un tono así.
Era la herida de su vida
que había guardado muy adentro,
debajo de una meticulosa sintaxis electrónica
cuyas reglas compiló
en su obra veloz.



A watercolor illustration of a hand holding a bundle of sticks, with the word 'ASTILLERÍA' overlaid in the center. The background is a textured, reddish-brown wash. The hand is rendered in light, translucent watercolor, and the sticks are depicted with fine, brownish lines. The word 'ASTILLERÍA' is written in a bold, black, serif font, centered horizontally and vertically.

ASTILLERÍA

Hay un resto de canto en el pedazo, en las astillas.
EDUARDO MILÁN

0

Así, la “astillería” es el conjunto de fragmentos de un discurso poético del cuerpo y la escritura.

1

Algo se siente que está pasando allí: en torno a ese hombro, alrededor de aquel tobillo o de esta mano: algo como una luz silenciosa, una llama secreta, una reverberación; son las irradiaciones del deseo.

2

Sin saberlo, el cuerpo traza figuras y constelaciones en el espacio, en el tiempo. En su travesía dibuja un monte, una rosa, una cruz; hace círculos, cuadrados, triángulos. Después la memoria enlaza las líneas, completa las formas.

3

El alma y el cuerpo están al unísono en el mismo sitio, en cada lugar donde dudan y tiemblan; en el adentrofuera de la piel.

4

Cuerpo: cavidad celeste llena de huequitos que dan a la tierra.

5

Los viajes me llenan de ojos y de poros, me hacen permeable a las sensaciones nuevas o reencontradas: sonidos, sabores, olores. Escribo porque el mundo entra en mi cuerpo.

6

Los ojos son la llave del cuerpo, con ellos abrimos y habitamos al otro.

7

La mirada nos enamora y cuida lo amado.

8

Las mujeres del trópico florecen al atardecer, como si su cuerpo claro contradijera el ocaso.

9

Nada más hermoso que el nacimiento de Venus Anadiómena: ese desembarco del cuerpo en la playa. Los griegos lo sabían bien: la mujer es una creación marina, una consecuencia de las olas y la espuma.

10

Las distancias que cuentan se cuentan con el cuerpo,
desde el cuerpo, hacia el cuerpo.
Voy desde mi cuerpo al poema.

11

Las manos están siempre a la altura de su circunstancia.

12

Subrepticamente la mano abre el cuerpo
como si tocara la parte más delicada
de otra mano.

13

Mi corazón me duele,
y no debería dolerme
porque es tuyo.

14

Sobre el arpa
las manos tejen
el aire de la música.

15

Las palabras son hijas del cuerpo. El cuerpo es hijo del lenguaje. Palabras y cuerpo se recrean y procrean mu-tua-men-te.

16

Los hombros son el horizonte del cuerpo.
Sobre ellos se pone el sol
de la mirada.

17

Nuestros cuerpos son los ríos que van a dar al amor.
Allí nos encontramos todos:
nos hacemos-nos deshacemos-nos rehacemos.

Los ríos son nuestro lugar natal.

18

La aliteración no solo significa, nos hace sentir el cuerpo propio y ajeno:
“otros brazos extraños me estrechan / llenos de emoción”.

19

Donde nos obstinamos en llamar noche (aunque esté lleno de luz), donde seguimos diciendo día (aunque esté lleno de sombra), allí vivimos, en la mitad de esa indecisión.

20

Noche oscura del alma, ¡acláranos! ¡Danos la luz del deseo!

21

No me pongas en lo oscuro,
dame tu luz
o tu sombra.

22

Tu cuerpo: mi exilio y mi reino.

23

Yo fui Orfeo, Dionysos o Apolo. Ahora no recuerdo.

24

Como el hipopótamo de Durero,
un día naufragaremos en una costa extraña.

ESTEREOMETRÍA

La poesía es el lugar
donde los objetos son vueltos a pesar.
El poeta pone un peso o una piedra
en el platillo izquierdo de la balanza
y en el otro: una aceituna
 un seno
 un pájaro
 una carretilla verde (o roja).

Solo la piedra es suya.

Fe de afectos

En su primera versión, este libro fue leído con generosa atención por siete lectores de lujo, quienes hicieron múltiples observaciones, tan agudas como diversas; incluso contrapuestas. Consigno sus nombres como un acto de agradecimiento y celebración de la amistad: Mario Campaña, Josu Landa, Juan Cristóbal MacLean, César Molina Martínez, Raúl Pacheco, Juan José Rodinás, Galo Alfredo Torres.

Hace poco más de treinta años, en 1992, hice mi primer poemario con Patricio Palomeque. Quería conmemorar esa iniciación con su presencia en este libro.

Mi gratitud eterna a Paco Salgado que me invitó a ser parte de la Universidad del Azuay, y a Toa Tripaldi, directora de la Casa Editora de la UDA, que acogió amablemente esta publicación.

De qué puede enorgullecerse un hombre, decía Stevenson, si no está orgulloso de sus amigos.

C. Z.
Cuenca, abril de 2023

ÍNDICE

UNA EDUCACIÓN SENSUAL

Primera comunión	13
Las muchachas	14
Hadas del hielo	15
El Descendimiento	16
La novena	17
Las formas marinas	18
El álbum	19
Tecnología del dormitorio	20
<i>Grain de beauté</i>	21

LA VELOCIDAD DE LA MIRADA (ÉCFRISIS)

Ascenso de los tallarines al cielo de Hong Kong	27
Barroco	29
Santa Catalina de Alejandría	30
Adán y Eva en el Paraíso terrenal	31
Rinaldo y Armida	32

Los símbolos	33
La catedral sumergida	34
<i>Varadramuda</i>	35
Fragmentos de un harén derruido	36
<i>Pas de deux</i>	37
Rothko	38
Yves Klein	39
Fuegos de artificio	40
Diane Arbus	41
Diosa de altura	42
El farero	43
La sagrada geometría del azar	44
El caballo de Nietzsche	45
Fuentes de “Écfrasis”	49

TRÍPTICO ANIMAL

Los peces	53
Pequeño informe sobre los manatíes	54
El zorro y la cigüeña	55

ÁNGELES Y ABISMOS

Hipótesis del guagüero
(La obra y la muerte de Ángel Acosta León) 63

Desordenadas geometrías interiores
(Fragmentos póstumos de Francesca Woodman) 66

La muerte del ahorcado 69

ASTILLERÍA

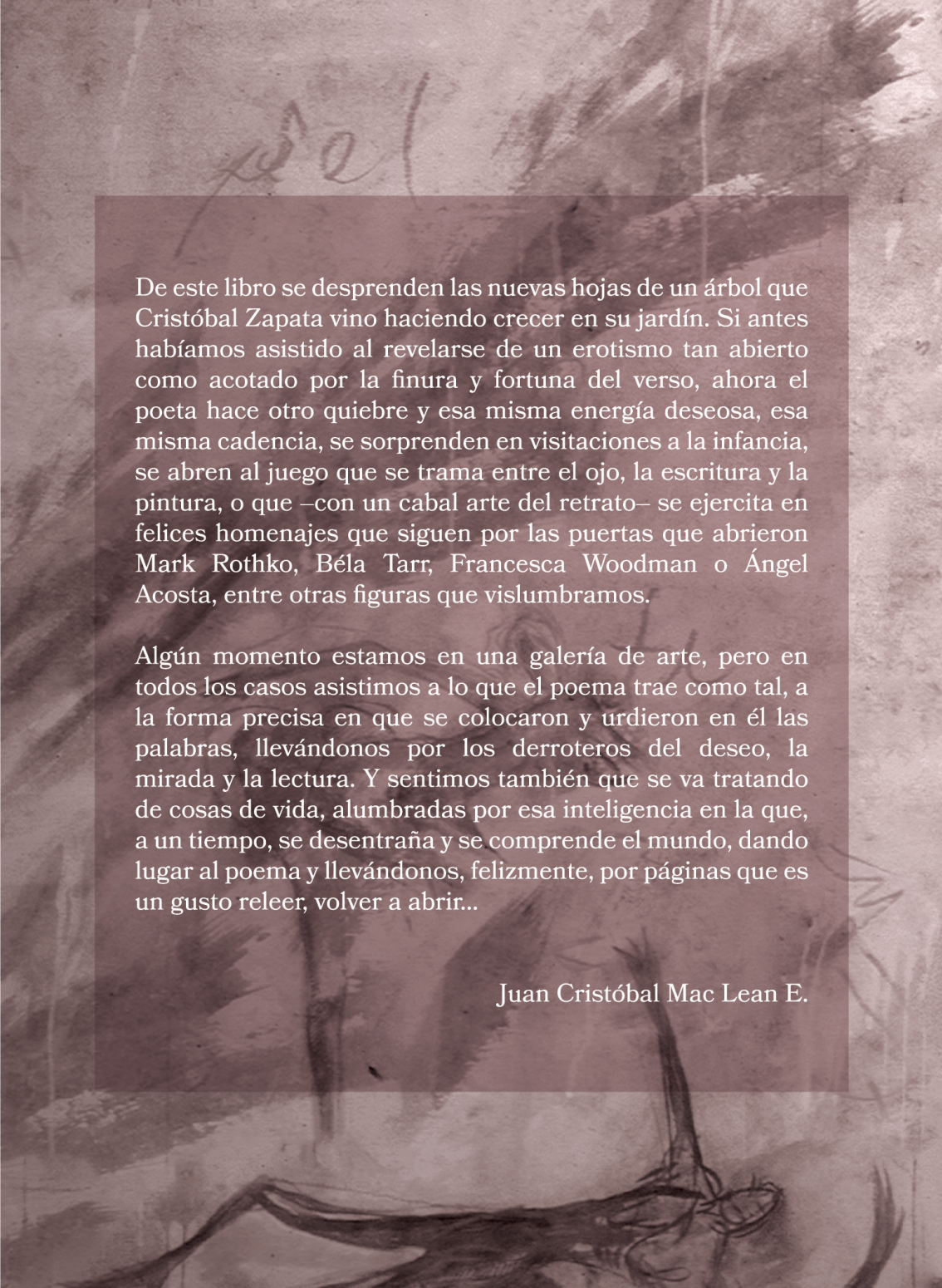
1-24 75

Estereometría 80

Fe de afectos 81



Impreso y encuadernado en mayo de 2023,
en el PrintLab de la Universidad del Azuay, en Cuenca del Ecuador.
Para su diagramación se utilizaron tipografías de la familia
Adelle Condensed y Bookmania.



De este libro se desprenden las nuevas hojas de un árbol que Cristóbal Zapata vino haciendo crecer en su jardín. Si antes habíamos asistido al revelarse de un erotismo tan abierto como acotado por la finura y fortuna del verso, ahora el poeta hace otro quiebre y esa misma energía deseosa, esa misma cadencia, se sorprenden en visitaciones a la infancia, se abren al juego que se trama entre el ojo, la escritura y la pintura, o que –con un cabal arte del retrato– se ejercita en felices homenajes que siguen por las puertas que abrieron Mark Rothko, Béla Tarr, Francesca Woodman o Ángel Acosta, entre otras figuras que vislumbramos.

Algún momento estamos en una galería de arte, pero en todos los casos asistimos a lo que el poema trae como tal, a la forma precisa en que se colocaron y urdieron en él las palabras, llevándonos por los derroteros del deseo, la mirada y la lectura. Y sentimos también que se va tratando de cosas de vida, alumbradas por esa inteligencia en la que, a un tiempo, se desentraña y se comprende el mundo, dando lugar al poema y llevándonos, felizmente, por páginas que es un gusto releer, volver a abrir...

Juan Cristóbal Mac Lean E.



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

La rosa tu piel

Cristóbal Zapata escribe como siguiendo la línea de la belleza. Como un copista medieval cuyo texto original fuera el mundo de los sentidos, su poesía busca mediar entre la experiencia sublime y un registro narrativo donde la luz (mística, física o metafórica) formula conjuros sobre lo cotidiano, lo íntimo, lo secreto. *Un rosa carne* es la ampliación de un campo de batalla espiritual, que también es un campo de pluma y estilo. La inteligencia expresiva de este libro siempre se desborda ligeramente de su copa verbal, rompiendo la tensión superficial del lenguaje, provocador, vibrante. Zapata no grita, ni susurra: canta, como un río de montaña, como los ríos que atraviesan los páramos, leyendo la experiencia vital en postales rigurosas, espléndidas.

Juan José Rodinás

ISBN: 978-9942-618-73-3



9 789942 618733